

Practicaban una imposición de manos llamada "consolación, para la remisión de los pecados." Como ya atestiguó S. Agustín, lo que les inspiraba horror, no era tanto el matrimonio, cuanto la concepción ó generación. Los más infames de todos ellos eran los *patarenos*.—Los que más alardean de virtud y pureza de vida, son de ordinario los más corrompidos.

Aquí termina el interesante resumen histórico sobre los maniqueos entresacado de la *Historia de las variaciones, libro XI desde el principio hasta el párrafo 63*. Como aun sobre los asuntos más graves es tan general y escandalosa en nuestros días la costumbre de mentir y citar en falso, unas veces por refinada ó cínica mala fe, y otras por imperdonable ligereza y precipitación en escribir, damos amplia libertad á todos para confrontar rigurosamente nuestra reseña con el texto del autor; en lo cual saldrán ganando, porque aprenderán muchas cosas, que no supieron dentro de los estrechos límites de nuestro plan.

Medianamente conocido el carácter de ardentísima polémica sostenida por un Bossuet en su *Historia de las variaciones* contra los más doctos y orgullosos protestantes de su siglo, y hechos cargo de que esta obra en el terreno de la discusión fué el golpe más rudo y tremendo descargado sobre la cabeza del protestantismo; ya se deja entender que el inmortal polemista no asienta ni pudo asentar un solo hecho, no avanza ni pudo avanzar una sola proposición, que no fuese plenamente comprobado aquel, irrefutablemente demostrada ésta: contra el templado acero de Bossuet en esta materia quiebra sus dientes la crítica más sañuda y cavilosa.

Ponemos empeño en hacer resaltar el mérito de esta obra magistral por la grandísima cuenta que nos tiene: no sólo por la instrucción tan clara y puntual que nos proporciona acerca

de la secta maniquea, cosa ya de gran provecho; no sólo por la precisión y rigor con que nos pone de manifiesto la uniformidad y constancia invariable del maniqueismo antiguo y moderno, conduciéndonos como por fuerte cadena de eslabón á eslabón desde Manes hasta los últimos albigenses, punto necesario para inteligencia de nuestros lectores y para la fuerza de nuestra demostración; sino tanto más, y estoy por decir, mucho más por los inapreciables tesoros de noticias importantísimas para todo lo que venimos tratando de masonería, no menos que para lo que hemos de tratar en adelante; tesoros hasta hoy inadvertidos para los tratadistas de esta especialidad, pero que no consentiremos yazgan un momento más inexplorados.

Oigase á Bossuet hablar de masonería.—¿De masonería? No, de maniqueismo.—Sí, señor, de masonería, aunque no llevase este nombre la del tiempo de Bossuet y de más atrás.—Convenido, en fin, para hacer las paces, que nos hablará de maniqueismo como quien habla de masonería, ó al revés.

Comentarios sobre el resumen anterior.

No era cosa vulgar, una de tantas, aquella secta, cuando el Espíritu Santo, dos siglos antes de nacer ella, la dió á conocer al mundo por la pluma divina de S. Pablo: *Misterio de iniquidad*: lo mismo que se dice hoy de la masonería: y además la individualizaba: *hombres seducidos por el demonio que hablan mentira en hipocresía . . .* y lo que sigue.

Y servía para todo lo muy bellaca, lo mismo para un barrido que para un fregado, tan antisocial como anticristiana. Anticristiana, no se diga; ahí están sus doctrinas. Lo de antisocial y revolvedora ¿quién se lo quita? Allá por varios siglos estuvo trastornando el Oriente á su sabor, ya emborrachando con el incienso de la lisonja y ganándose con todas las artes emperatrices y emperadores; ya teniéndoselas tiesas á otros emperadores huraños y fanáticos, es decir, católicos, con ejércitos,

plazas fuertes, dominios, etc. Y si nos trasladamos á Europa ¿no ejerció el monopolio de la revolución por lo menos, según cálculo fijo, hasta fines del siglo XII? ¿no tuvo más adelante en jaque serio á la cristiandad? Sin contar aquella red tendida por todas partes de juntas secretas ó minas ocultas, que á lo mejor hacían explosión, hoy aquí, mañana allí, sin dejar nunca en paz á la gente.—A la cuenta por varias señales vd. está describiendo la masonería.—Lo mismo da: secta antisocial y anticristiana el maniqueísmo de hoy; secta anticristiana y antisocial la masonería de entonces.

¿Con qué donaire se rien algunos chuscos, profanos y masones, de algunos inocentes de estos últimos, sólo porque con ínfulas pueriles buscan entronques nobiliarios entre los filósofos griegos, persas y demás orientales? Vamos, que ahora se vuelven las tornas, y aquellos burladores pagan sus jovialidades con las setenas; porque poco es decir, como aseguraban los maniqueos, que sus embelecos habían transcendido á los griegos y á otros desde los primeros años del cristianismo, cuando Bossuet con todo su saber y su gravedad asevera que la secta maniquea descendía de los paganos, que hasta en el divino Platón se divisan principios de ella y que era dominante entre los persas; que al cabo persa era Manes y muy oriental su precursor Marción, aquel primogénito del demonio, según mote de S. Policarpo. Que si á esto se agrega, conforme á la teoría muy fundamentada y documentada del mismo Bossuet, que maniqueos antiguos y maniqueos nuevos y albigenses pertenecen á una sola casta; y si por remate de desdichas se añade, que los tales albigenses derramados por toda Europa, á semejanza de los microbios en una epidemia, por el hilo de los templarios y otros traspasaron á la masonería actual la herencia de sus venenos más ó menos alterados por la química de las circunstancias; vamos al decir, después de todo esto, que

no es materia de broma sino para mentecatos, ¡vaya! nuestros críticos graciosos quedan lucidos y bien pagados. Lo que es escupir al cielo.

Como el punto es por sí mismo de entidad y además llamativo para los curiosos, si alguno pide más prueba de esa herencia ó continuidad del error maniqueo, á lo menos hasta el siglo XVI, considere el ahinco de todos los protestantes, y en especial de los calvinistas, por emparentar con los albigenses y por ellos subir hasta los primeros siglos de la Iglesia, para echarla de antiguos en el mundo y quitarse de delante el argumento incontestable de su novedad, con que los católicos los aplastaban. Ese afán de antigüedad lo testifica el eminente doctor francés, y aun esto por confesión suya le dió motivo para desenterrar las abominaciones de aquellos sectarios, á ver si así los reformadores se avergonzaban de semejante prosapia. Con que por el curso y contexto de la disputa queda una vez más fuera de duda el hecho de la antedicha transmisión ó herencia.

¿Qué decir de la organización de aquellos masones, digo, maniqueos? Reverenciaban y obedecían á un papa, como los actuales tienen su patriarca invisible: se dividían en oyentes y elegidos; pero no se llegaba á la suprema categoría, sino después de haber pasado por diferentes grados y órdenes: el que entraba, difícilmente podía salir. Siendo una sola la secta, se distribuía en muchos brazos y se diversificaba en los nombres; paulicianos, apostólicos, etc. Como ahora, ni más ni menos: *Varias son las sectas y la masonería es á manera de centro, de donde salen y á donde vuelven á entrar todas* [1]. Y siguen las coincidencias.

(1) *Encycl. Humanum genus.*

Doctrinas y costumbres.— Dos principios, y todo es Dios: Cristo no es Dios: no hay redención: aversión al signo de la cruz: la carne es hechura del mal principio. Esta última máxima es la base de la moralidad maniquea. Por esto exclamaba uno de aquellos doctores, citado por S. Clemente de Alejandría: “Un hijo de la luz, un iluminado debe conocerlo todo: ¿qué mérito hay en abstenerse de lo que se ignora? No consiste el mérito en abstenerse de los *placeres* . . . yo uso de ellos, los abrazo para ahogarlos [1].” O como enseñan los maniqueos, digo, masones martinistas: ¡Al fuego, al fuego los placeres de los sentidos! ¡dad al fuego todo lo que os pide! Nada de esto llega al alma [hechura del buen espíritu.]—Por consiguiente: ¡fuera matrimonio! ó sea, venga matrimonio civil y divorcio! Eso sí, mujeres de día y de noche, pero ¡cuidado con la generación! la manzana, pero no la semilla. Bajo disfraz de continencia torpezas que no se pueden nombrar; los que más blasonan de aquella, más impuros. Y estas infamias formaban parte integrante de los *misterios* de la secta.—¿Habla vd. de los masones ó de los maniqueos?—De unos y otros á la par, hombre.

Tres caracteres.—1º La *seducción*: hasta *operaciones mágicas*. 2º *Hipocresía*: en juicio y con escritos se les convenció de ella. Todos los medios lícitos; la mentira, la doblez, el sacrilegio, el perjurio, toda clase de bajezas. Cuando se sentían fuertes, más inhumanos que los tigres. 3º El *secreto*: en este podían tal vez dar quince y raya á nuestros sencillos masones. Secreto con los extraños: con los de la familia en proporción del grado y categoría. Sobre este punto no se nos pase una observación de sumo interés, recojida de S. Bernardo por Bossuet: que así como los demás herejes por vanidad bebían los

(1) Strom. L. II, C. 20.

vientos por darse á luz, así estos por el contrario todo su estudio lo ponían en vivir agazapados: aquellos parlaban; estos ni predicaban, á penas murmuraban al oído ó decían entre dientes su doctrina: aquellos se inflamaban por la victoria; estos más malignos sólo buscaban la manera de hacer daño, y se deslizaban entre la hierba para morder como reptiles venenosos á mansalva. ¡Terrible pintura! Tan numerosos, conocidos y vigilados, llegaron á encubrir por siglos enteros sus doctrinas principales.—En los dos primeros caracteres no se debe mancornar ó emparejar maniqueos con masones; no fueran á ofenderse los maniqueos, y con razón, por no ser tan malditos como sus nietos.

¿Cómo ninguno de los autores, que se ocupan en cuestiones masónicas, se acordó del precioso pasaje, donde tanto bueno hemos aprendido? ¡Si sabía Bossuet de masonería! Como que él solo con sus apuntes, si bien se mira, nos saca airosos de nuestro empeño.

Pero no, tenemos más flechas en nuestra aljaba. ¿Se quieren analogías más individuales, ó por lo menos, más minuciosas entre masones y maniqueos? Por lo pronto se encarga de desempeñarnos el P. Barruel con aquella copia y aquel tino que le distinguen entre mil.

Fíjese la atención en el cuadro magnífico en que con breves y vigorosos rasgos encierra todo el conjunto de la masonería antigua y moderna.

“He estudiado sus dogmas (de los maniqueos), estoy bien enterado de lo que profesaba cada una de sus ramas, y he visto el monstruoso grupo de todos los *Jehovás* de las logias masónicas. En sus dos principios se encuentran los dos dioses de la *cábala* y de los masones *martinistas*. A pesar de la diversidad de sus opiniones convienen en la confederación de los

masones ecléticos contra el Dios del Cristianismo, y en sus mismos principios se halla la explicación de sus más infames misterios y de los que eran propios de los templarios. Suponen la carne criada por el demonio, para tener derecho de prostituirla. Todo está relacionado desde los cátaros á los albigenses, á los caballeros del Temple, y desde estos á los masones modernos: todo manifiesta un padre común de todos ellos. Esta uniformidad se muestra mucho más todavía en esa igualdad y libertad desorganizadoras, que ni reconocen la obediencia á las *potestades espirituales ni á las temporales*. Este fué carácter distintivo de los albigenses, que los denunciaba á la pública magistratura como infractores de las leyes dadas contra la secta."

Para que ni en el capítulo de crueldades fallase el paralelo, apunta algo, tomándolo del Concilio Literanense, 1179, de los "horrores que los maniqueos cometían contra los cristianos, sin respetar Iglesias ni monasterios, sin perdonar á viudas, huérfanos, ancianos ó niños, ni á edad ó sexo, atropellándolo y asolándolo todo á manera de paganos." Cuando al fin, observaba diestramente Barruel, la fuerza pública llegó á triunfar de estos feroces sectarios, volvieron estos á retirarse á las cavernas de sus logias, reduciéndose á la clase de juntas secretas. En seguida, para acreditar y apoyar sólidamente sus próximas afirmaciones en la base de una múltiple é incontestable autoridad, se pone á enumerar las fuentes de sus noticias. Además de San Agustín, San Epifanio y de los Concilios de la época, cita á Glaber, testigo de la aparición de los maniqueos en Orleans, 1017: á Reinier, adepto de la secta por espacio de diecisiete años, y después sacerdote católico y religioso dominico; á Philichdorf, Ebrardo y Hermangardo, que vivieron con los sectarios; á San Antonino, Baronio, Fleury, Colliers y hasta á los Centuriadores Magdeburgenses; que son, con pequeña di-

ferencia, las mismas fuentes en que había bebido Bossuet, y el arsenal donde se proveyó de armas invencibles para su gloriosa campaña abierta contra los protestantes. Como limitada su labor por el objeto particular de esta lucha, no es de extrañar que desdeñase materiales innecesarios para su designio, que más tarde vino á aprovechar sabiamente el P. Barruel. Téngase entendido sin embargo que no repetiremos los puntos de comparación ó analogía entre maniqueos y masones, que suministrados por el grande Obispo ya tocamos más arriba.

Volviendo pues á nuestro insigne maestro, después de haberse parapetado bien tras la firmeza irrefutable de las autoridades referidas, entra con decisión en la extensa y detallada demostración de su tesis, abriéndose paso con estas valientes frases:

"Condorcet careció de valor para decir: *el primer francmasón fué un esclavo*. Pero hizo asomar al esclavo *Cúbico*, más generalmente conocido con el nombre de Manes, en la persona de los sectarios del Mediodía y de los templarios: luego nos presentó á los masones por hermanos y herederos de aquellos sectarios y aquellos caballeros; lo cual es más que bastante para adjudicar á todos un mismo padre.

"Sin embargo no insistamos en esta prueba. Si los misterios de la masonería ascienden hasta Manes, si este es el verdadero padre y fundador de sus logias, se hará patente por sus dogmas, y luego por la semejanza y la conformidad de sus secretos y símbolos." Atienda el lector á este cotejo.

"Por lo que respecta á los dogmas, hasta la aparición de los masones ecléticos, es decir, hasta el momento en que los impíos del siglo XVIII confundieron con los misterios de las logias todos los misterios de su deísmo ó ateísmo, no se encontrará en el verdadero código masónico otro Dios ú otro Jehová que el de Manes, ó el *Sér universal* distribuido en dios

bueno y dios malo: este es el dios del masón cabalista, el de los antiguos *rosa-cruces* y el del masón martinista, que al parecer no ha hecho más que copiar á Manes y á los adeptos albigenses. Si algo hay que deba sorprendernos, es que en un siglo en que los dioses de la superstición debían ceder su lugar á los dioses de los sofistas, con todo se haya sostenido el de Manes en tantas ramificaciones de la masonería.

“2. En todos tiempos las locuras de la cábala y la magia, fundadas en la distinción de esos dos dioses, han figurado en las logias masónicas: Manes hacia también magos á sus elegidos ó escogidos [1].

“3. De Manes en especial deriva esa fraternidad *religiosa*, que para los modernos adeptos se resuelve en la indiferencia de todas las religiones. Este heresiarca quiso ganarse á los hombres de todas las sectas: á todas les inculcaba que todas se ordenaban al mismo fin, y á todas las acogía con igual afecto [2].

“4. Lo que sobre todo importa comparar entre el código de Manes y el de los recientes masones, son los principios de igualdad y libertad desorganizadoras. Para impedir que hubiese príncipes y reyes, superiores y súbditos, decía el heresiarca á sus secuaces, que las leyes y magistraturas son obra del principio malo [3].

“5. Para evitar que hubiese pobres y ricos, decía que todo es de todos, y que nadie tiene derecho de apropiarse un campo, una casa ó dinero [4].

“Este artículo debía ser modificado tanto en las logias como

(1) *Magorum quoque dogmata Manes novit et in ipsis volutatur.*—Cent. ur Magd. ex Aug.

(2) Vid. Baron. in Manet.

(3) “*Magistratus et politias damnabant, ut quæ á Deo malo conditæ et constitutæ sunt.*” (Centur. Magd. t. 2. in Manet).

(4) “*Nec domos, nec agros, nec pecuniam ullam possidendam.* (Ibid. ex Aug. et Epiph.)

entre los discípulos de Manes. Su fin no era otro que la abolición de las leyes y de todo cristianismo, la igualdad y la libertad por conducto de la superstición y del fanatismo: nuestros modernos sofistas debían dar á sus sistemas un nuevo giro, el de su impiedad. El altar y el trono habían de ser igualmente sus víctimas: la igualdad y la libertad contra los reyes y contra Dios son siempre, tanto para los sofistas como para Manes, el postrer término de sus misterios.

“6. La misma conformidad se observa en las graduaciones. Manes tenía sus creyentes, elegidos y perfectos, además de otros grados. Aquellos tres corresponden á los de aprendiz, compañero y maestro perfecto.

“7. El mismo número y casi identidad de signos. Los masones tienen tres, el del *signo*, del *tacto* y de la *palabra*. Los maniqueos tenían también tres, á saber: el de la palabra, el del tacto y el del seno [1]: este último era de una indecencia tal, que debieron suprimirlo; pero se conservó entre los templarios. Los otros dos han continuado usándose en las logias. El masón que desea saber si *habeis visto la luz*, principia por alargaros la mano, para observar si la tocais como hermano: esto mismo precisamente hacían los maniqueos á fin de reconocerse y felicitarse por haber visto la luz [2].

“8. Si en la actualidad penetramos en el interior de una logia, donde quiera vemos imágenes del sol, de la luna y las estrellas. Todo esto no es más que el símbolo de Manes y de su dios bueno, que hacía derivar del sol, y de sus espíritus que suponía estar distribuidos en las estrellas. Si el iniciando no entra en la logia sino con una venda en los ojos, es para sig-

(1) *Signa oris, manuum et sinus* [Ibid. ex Aug.].

(2) *Manichæorum alter alteri obviam factus, dexteras dant sibi ipsis signi causa, velut a tenebris servati* Ibid. ex Epiph.

nificar que todavía se halla bajo el imperio de las tinieblas, de las cuales Manes hacía emanar su dios malo.

"9. No sé si hay aun masones bastante instruidos con respecto á su genealogía, para saber el verdadero origen de sus decoraciones y de la fábula en que se funda la explicación de sus últimos grados; pero en esto justamente se revela su descendencia de Manes. En el grado de maestro todo indica dolor y tristeza: la logia está cubierta de colgaduras negras; en el centro se alza un catafalco sobre cinco gradas, cubierto con un paño mortuorio, y al rededor están los hermanos en profundo silencio, cual si llorasen la muerte de aquel cuyos restos se suponen encerrados en el féretro. La historia de aquel hombre representa primeramente la de Adonhiram y luego la de Molay, cuya muerte es preciso vengar matando á los tiranos. La alegoría es amenazadora para los reyes; pero es demasiado antigua, para no referirse á una época anterior al trágico fin del gran maestro de los templarios.

"Esta decoración tenía uso en los antiguos misterios de los hijos de Manes: á esta ceremonia le daban precisamente el nombre de *Bema*. Reuníanse también en torno de un catafalco sostenido por igual número de gradas y cubierto de decoraciones análogas á la ceremonia, y entonces tributaban grandes honores al hombre encerrado en aquel féretro; pero estos honores se tributaban á Manes, su muerte era la que se honraba. Justamente hacían coincidir esta fiesta con la época del año en que los cristianos honran la muerte ó la resurrección de Jesucristo [1].

"Esta es otra de las reconvenções que con frecuencia les hacían los cristianos, y la misma que hoy dirigen á los maso-

(1) "Plerumque Pascha nullum celebrant..... sed Pascha suum, id est, diem quo Manichæus occisus, quinque gradibus instructo tribunali, et pretiosis linteis adornato, ac in promptu posito et objecto adorantibus, magnis honoribus prosequuntur [Aug. cont. epist. Manich].

nes *rosa-cruces* sobre la práctica de renovar sus fúnebres ceremonias en la misma época [1].

"10. En las farsas masónicas, todo el sentido de la ceremonia se contiene en las palabras misteriosas, *Mac Benac*. Su interpretación literal según los masones es esta: *la carne se separa de los huesos*. Esta interpretación es en sí misma un misterio, que se explica muy naturalmente por el suplicio en que perdió la vida Manes, desollado vivo *con puntas de caña* por el rey de Persia, á quien había prometido sanarle el hijo enfermo por medio de prodigios, y no lo logró. Muerto el joven príncipe, huyó Manes; pero fué cogido y pereció en aquel suplicio. He aquí la rigurosa interpretación de *Mac Benac*, *la carne se separa de los huesos* [2].

"11. Las cañas mismas que figuran en esta ceremonia apoyan esta comparación. Parece cosa extraña ver á los *rosa-cruces* principiar sus ceremonias con sentarse triste y silenciosamente en el suelo y levantarse luego llevando sendas y largas cañas en la mano (3). Todo esto se aclara, al recordar que esa misma postura guardaban los maniqueos, aparentando sentarse ó mejor recostarse sobre cañizos, para conmemorar el género de muerte que padeció su maestro (4): de aquí que los llaman *Matarii*.

"En el proselitismo de los masones se descubre el espíritu propagandista de Manes. Este expidió á Addas, Herman y Tomás á implantar sus misterios, uno en Judea, otro en Egipto

(1) Lefranc, grado de rosa-cruz.

(2) Si se dijere que en este grado todo parece estribar en la fábula de Adonhiram y el templo de Salomón, responderemos que sí, cuanto á las palabras; pero que cuanto á los hechos, nada hay en la historia de Salomón ó del templo relativo á esta muerte de Adonhiram. Todo es alegórico, y la alegoría se aplica exclusivamente á Manes. El *Mac Benac* es inaplicable á los caballeros del Temple. Es ceremonia además muy anterior á ellos; por consiguiente pudieron acomodar la fábula á su propósito, dejando las cosas y la palabra esencial, *Mac Benac*, que de lleno se refiere á Manes.

(3) Vid. Lefranc, grado de rosa-cruz.

(4) Cent. Magd., Baronio, etc.

y otro en Oriente, mientras él quedó difundidos en Persia y Mesopotamia. Luego tuvo doce apóstoles, que ascendieron al número de veintidos, según algunos historiadores. En muy corto tiempo vió sus adeptos propagados, como hoy los masones, por toda la tierra [1].

“Para concluir, todos los últimos grados de la masonería están fundados en el *Bema* de los hijos de Manes. Este era á quien se debía vengar de los reyes que le habían hecho desollar, de esos reyes que por otra parte, según su doctrina, habían sido hechura del *Genio malo*: todos sus esfuerzos se encaminaban á cimentar su doctrina sobre las ruinas del cristianismo. Los templarios, instruidos por los prosélitos diseminados en Egipto y Palestina, á Manes sustituyeron su gran maestro Molay como motivo de su venganza; pero en el espíritu de los misterios y de la alegoría no hubo alteración. Siempre perseveró el mismo anhelo de acabar con el cristianismo y con los reyes, con el altar y el trono, para establecer la *igualdad* y la *libertad* del género humano.

“Por humillante que sea proceder de un esclavo desollado vivo por sus imposturas, preciso se hace confesar que es el único camino posible para llegar hasta el principio de los misterios de la masonería. Sus modernos secretos se fundan todos en la idea de vengar á un hombre sobre esa palabra ó doctrina que se les ha de revelar en el grado tercero, que sólo es una evidente reproducción del *Bema* de los *elegidos* de Manes: el célebre *Mac Benac* no se explica satisfactoriamente sino por el género de suplicio dado á Manes, y de esta suerte todo se va gradualmente remontando hasta ese esclavo de *la viuda del Escita* (2). Bien puede desafiarse á los masones, á que encuen-

[1] Cent. Magd. ex Epiph.

(2) Esta circunstancia no explica también una costumbre de los masones? Cuando se ven en algún peligro y creen poder ser oídos de alguno de sus hermanos, para darse á conocer é invocar su socorro, levantan las

tren nada parecido al grado de *Mac Benac*, ni antes ni después del *Bema* de los maniqueos, como no sea ese mismo *Bema*. Hasta él, por consiguiente, fuerza es subir para hallar el origen de los misterios masónicos.”

Hasta aquí el P. Barruel.

Hemos transcrito este largo pasaje con íntima complacencia; y le hemos transcrito de arriba abajo, en vez de compendiarlo, parte por temor de deslucirlo, parte porque tan preciso es en los términos, á pesar de su extensión, que un resumen exacto es imposible: mucho más, que la fría disección de los miembros ó puntos de la comparación entre maniqueos y masones, apagaría los colores y la vida que comunicaron al cuadro la perfecta posesión de la idea y el amor del asunto. El P. Barruel vivió en los días de la revolución francesa, comprendió toda su transcendencia y sintió como todos los buenos traspasado su corazón á la vista de aquellas espantosas tragedias y general cataclismo: dotado de vivaz inteligencia, de voluntad activa y robusta y de ánimo fogoso, en una época en que la pluma era la única arma libre para el ejercicio del celo apostólico, se puso á indagar las causas de los acontecimientos extraordinarios de su patria, y dando con la principal de las inmediatas, la masonería, con toda la pasión de su alma generosa se entregó al estudio de ella para salud de la humana sociedad, ahondando de tal suerte en el conocimiento de la secta nefaria, que en el campo de sus labores á penas dejó es-piga por recojer, y cuantos obreros le han sucedido en la misma tarea, se han confesado tributarios de su talento y espíritu investigador. Le volveremos á encontrar, cuando en su lu-

manos sobre la cabeza, gritando: *¡A mí los hijos de la viuda!* Manes fué adoptado por aquella viuda del Escita y heredó las riquezas que ella poseía por parte de su marido. Luego este grito, *á mí los hijos de la viuda*, designa naturalmente á los hijos de Manes.